

Autorretrato.

Eduardo Barrón.

Óleo sobre lienzo. 1901-1910.

En 2004, los herederos de Eduardo Barrón realizaron una notable aportación a la colección del Museo Provincial -que dio lugar a la exposición temporal "*Recuerdos de Barrón. Una donación ejemplar*"- al donar un interesante conjunto de piezas escultóricas, relacionadas con las artes decorativas y pictóricas, al que poco después se incorporaba un importante fondo documental relativo al artista zamorano. Todo ello venía a completar una entrega anterior, realizada en 1963 por los hijos del artista, de modelos de escayola principalmente, algunos de tanta trascendencia para su obra como ***Nerón y Séneca*** o ***Tentaciones de un santo***. Se culminaba así el agradecimiento manifestado siempre por Eduardo Barrón a su tierra natal, a la que de modo tan íntimo se sintió unido, más allá de que su carrera profesional le llevase primero a Madrid, después a Roma y nuevamente y de modo definitivo a la capital española. No poca importancia tuvo en ello el ánimo y el respaldo económico que inicialmente encontró en ciertos personajes de la sociedad zamorana, como la familia de la Cuesta, e incluso el impulso de una suscripción popular en la provincia que facilitó sus estudios en el extranjero.

Consciente de sus orígenes humildes, pero también del esfuerzo bien empleado, que le haría alcanzar los mayores honores civiles y artísticos, Eduardo Barrón otorgó destacada importancia a su progreso en la carrera artística -sentimiento común a otros artistas decimonónicos-, lo que queda reflejado en distintos documentos personales de la donación mencionada, pero también y de un modo más que significativo en su **autorretrato**.

Forman parte del mismo conjunto otros dos retratos del escultor: el primero es una copia que el mismo Barrón realiza del que Vicente Palmaroli, director de la Academia



de España, ejecuta hacia 1884 en Roma; y el segundo está realizado por José Villegas el mismo año de su muerte, 1911. De una simplicidad absoluta, nos ofrecen sin ningún aditamento decorativo la imagen del estudiante que llega a Roma con todo por hacer y la del hombre cansado y envejecido, a pesar de sus pocos más de cincuenta años, que ha recorrido ya todo su camino. Inicio y final humano, ligados a dos directores del Museo del Prado, institución de significado vital en su carrera profesional: Palmaroli, que es quien le facilita el ingreso como conservador y restaurador en el museo, y Villegas, director del mismo desde 1901.

En contraste con estas imágenes, el autorretrato supone la exhibición, aunque fuese para su entorno más íntimo, de todos los méritos y las dignidades alcanzadas por el hijo de un

zapatero de Moraleja del Vino. Con uniforme de gala como Jefe de Administración Civil, distinción que alcanza en 1901, muestra con orgullo en el costado izquierdo cuantas condecoraciones había merecido a lo largo de su carrera, mientras al fondo se percibe una representación de Minerva, diosa romana de las artes y la sabiduría cuya imagen había utilizado también para presidir su conjunto más premiado, **Nerón y Séneca**.

La representación resulta especialmente curiosa porque supone la ostentación del impecable *curriculum vitae* del artista y porque además esa exhibición, se consolidó de modo progresivo. Gracias a fotografías antiguas del autorretrato, se puede observar cómo la obra se iba actualizando a medida que al artista se le concedían nuevas condecoraciones, con el consecuente aumento de medallas en el costado de su chaqueta. Es un recorrido visual por los méritos de Barrón, cuyos hitos principales ha ayudado a desentrañar Leticia Azcue Brea, con motivo de su investigación sobre el escultor para la conmemoración del primer centenario de su muerte.

Centrada sobre su pecho, la medalla de honor de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, la última en ser incorporada a la representación, en 1910, cuando es nombrado académico de esta institución; a su misma altura, pero cercanas ya al brazo izquierdo, la roja cruz de caballero de la Orden de Santiago del mérito artístico, literario y científico de Portugal - primero de los méritos que ya se mencionan en su hoja de servicios de 1901- y la medalla de Alfonso XIII, obtenida como Jefe de Administración Civil; en línea inmediatamente inferior, la encomienda de Isabel la Católica -como comendador de número de esa orden- y la de Carlos III -como comendador y caballero de la más alta orden civil española- también mencionadas en su hoja de servicios de 1901; más abajo, en una línea inferior, son visibles también la encomienda de Alfonso XII y la cruz al Mérito Militar.

Resumen, en fin, de toda una vida de trabajo en la que las dignidades se sucedieron al compás de los éxitos artísticos y sociales. Un modo de reivindicar para él y para los suyos el reconocimiento social logrado por un humilde hombre de provincias.